

fúnebre, había visto a los dolientes, a los que portaban el féretro, con flores blancas y rojas, incluso me había visto a mí con un amplio sombrero negro, así como otros detalles. El mismo seguía detrás, pero nadie se fijaba en él. Bien, después de escucharle, le dí jocosamente con el dedo en el estómago y nos reímos de su sueño como si se tratase de una broma. Sin embargo, tres semanas más tarde, recibió un desgraciado puntapie en el campo de juego, se declaró la peritonitis y murió. Y sus funerales se desarrollaron exactamente como lo había soñado él—las flores blancas y rojas, los colores del club—, el cortejo atravesó las mismas calles, en fin, todo igual que en su sueño. Nadie me creyó cuando lo conté después. Pensaron que la pena me había trastornado. Pero todo ocurrió como en su sueño, y el recuerdo de aquello me ha acompañado durante toda la vida.

Ese joven futbolista no fue el primer hombre que tuvo un sueño precognoscitivo de su propia muerte. Existe el célebre caso de Abraham Lincoln, quien, unos días antes de su asesinato, soñó que oía sollozar a la gente; fue de estancia en estancia sin ver a nadie, hasta que, por último, llegó al «East Room», donde su propio cadáver estaba expuesto en capilla ardiente, y uno de los soldados que le daba guardia le dijo que un asesino había matado al presidente. (Hubo varios testigos del impresionante relato que el propio presidente hizo de tan extraño y sombrío sueño.)

Si estos dos sueños, llegando más allá del punto de la muerte, se admiten como genuinamente precognoscitivos, se desprende de ello que el yo soñante y la clase de consciencia que representa deben sobrevivir al cuerpo, por lo menos, varios días. Pero hay otra explicación posible, una explicación válida tanto para el gran presidente como para el joven futbolista inglés.

Es que sus sueños fueron resultado de una comunicación telepática, que llegaba del futuro. Sugiero que el futbolista se hallaba simpáticamente unido a esa hermana a quien contó su sueño, y el funeral que vio fue aquel que ella vería dentro de tres semanas, o que, ciertamente, ya estaba viendo en alguna parte de su mente no accesible a la consciencia ordinaria. (El detalle del «amplio sombrero negro» insinúa una vislumbre femenina, más bien que masculina, de la ocasión.) O bien él tomó telepáticamente el funeral de la mente de ella, tal y como sería al cabo de tres semanas, o el acontecimiento ya estaba en la mente de su hermana (reprimido, de modo que no tenía conciencia del mismo) y fue de la mente de ella a la de él, dando forma y coloreando su sueño.

Esto, sea cual fuere la alternativa que prefiramos, significa que, aunque la telepatía representase aquí algún papel, también lo representó el factor Tiempo. Ni el sueño del futbolista, ni el de Lincoln, pueden explicarse satisfactoriamente si no existe entre nosotros otra comunicación que la de nuestros sentidos y si estamos plenamente contenidos en el tiempo que pasa.

5

Dejamos ahora los sueños individuales y lo que ejemplifican. He de continuar lo que empecé en la primera sección del presente capítulo, es decir, una consideración general de todos los sueños relatados en estos montones de cartas.

Dije entonces que, aproximadamente, el 45 por 100 de estos sueños precognoscitivos hacían referencia a muertes, accidentes terribles y desastres de una u otra índole, que otro 45 por 100 de los mismos se referían a trivialidades, por las cuales muchos de los comunicantes se excusaban de antemano. Debo añadir ahora que más del 90 por 100 de los sueños pertenecen a estos grupos, el terrible y el trivial, polarizándose en los extremos. Muertes repentinas y espantosos accidentes alternan con vislumbres previsionarios de playas o de alguien que lleva un traje azul en una cafetería.

Claramente, aquí hay una enorme brecha. Toda una amplia gama del vivir, que se extiende entre lechos de muerte y funerales, por una parte, y vacaciones o salidas de compra, por otra, apenas se asoma en todos estos ejemplos de precognición. Y ello resulta tan sorprendente, que debemos examinar la cuestión más de cerca.

Entre estos soñantes, las mujeres se hallan en mayoría. Dos de cada tres de ellas están casadas y tienen hijos. Así, pues, no sería irrazonable esperar gran número de sueños precognoscitivos que nos mostrasen a un amante, un esposo, la llegada de este o aquel hijo. La soñante podría descubrir que el joven moreno, el único extraño en la reunión, es el hombre con el cual va a casarse. Una mujer encinta podría tener «un claro sueño» respecto al niño que lleva en sus entrañas. Una disputa, un encuentro con «la otra mujer», el abandono o el divorcio, son cosas todas ellas que cabe esperar en los sueños de las mujeres en los cuales se implica el futuro.

Una sucesión aparentemente infinita de imágenes reflejadas en espejos puede compararse con el efecto de doble espejo de algunos sueños. En tales casos, el sueño es una precognición de un acontecimiento posterior, pero un acontecimiento que tiene lugar solamente a causa del recuerdo del sueño. Así, cuando se examinan ambas experiencias no se pueden separar para ver cuál fue causa de la otra. El sueño y el acontecimiento subsiguiente parecen reflejarse mutua e interminablemente.



Pero no están aquí. Ni tampoco están experiencias sexuales más dichosas. No hay provisiones de lunas de miel, románticas fugas con amantes, bodas de plata. Y no creo que esto se deba a que las mujeres se sientan tímidas cuando escriben a un extraño. Esto puede ser cierto en algunos casos, pero la impresión que yo recibo al leer la mayoría de estas cartas es la de que, si sus autoras hubiesen tenido sueños precognoscitivos implicando tales experiencias, no los habrían ocultado. Pero no tenían ninguno que ofrecerme.

En cuanto a los hombres, lo que resulta igualmente sorprendente no es que eludan el relato de cualquier experiencia sexual, sino que, con muy pocas excepciones, no describan sueños precognoscitivos relativos a su trabajo. Y las excepciones—aunque pudieran ser buenas como ejemplos de precognición—solamente tratan de incidentes triviales. Las cosas que interesan profundamente a la mayoría de los hombres—ascensos o descensos, una nueva y difícil responsabilidad, un nuevo trabajo, las relacio-

nes con la oficina central o con los colegas, todas las batallas, derrotas y triunfos de la vida laboriosa de un hombre—, están ausentes de los relatos que hacen de sus sueños precognoscitivos. Si consideramos cuánto tiempo emplea el hombre en su trabajo, cuán hondamente le preocupa este en cualquier nivel responsable, cuán importantes pueden ser para él las compensaciones sociales y económicas de su labor, esta ausencia de sueños relacionados con el trabajo resulta asombrosa.

Así, pues, la única conclusión que puedo extraer, tanto de los sueños de los hombres como de los de las mujeres, es la de que el sueño precognoscitivo no nos ofrece un reflejo de los principales intereses de la gente. Falla casi enteramente en cuanto a representar esa amplia gama del vivir. Aquí, en el medio, hay alguna barrera que no existe en ninguno de ambos extremos: lo terrible y lo trivial. La precognición existe—y de eso no tenía yo ninguna duda, desde mucho tiempo antes de que llegasen a mí estos montones de cartas—, pero